



Convenio y Conversación

Jonathan Sacks
THE RABBI SACKS LEGACY

BASADO EN LAS ENSEÑANZAS Y ESCRITOS DEL RABINO LORD JONATHAN SACKS

Con agradecimiento a la Familia Schimmel por su generoso patrocinio de Convenio y Conversación, dedicado a la memoria de Harry (Jaim) Schimmel. "He amado la Torá del Rabino Jaim Schimmel desde que la encontré por primera vez. No solo busca tratar acerca de las verdades superficiales, sino también en su conexión con una verdad más profunda que yace bajo la superficie. Junto a Ana, su notable esposa por 60 años, han construido una vida dedicada a amar a la familia, la comunidad y la Torá. Una pareja extraordinaria que me ha conmovido más allá de toda medida con el ejemplo de sus vidas." – Rabino Sacks

Ree

Traductor: Abraham Maravankin

La visión social del judaísmo

Si quieres comprender la visión social del judaísmo, observa su legislación contra la pobreza:

Si hay entre tus hermanos algún necesitado en alguna de las ciudades de la tierra que el Eterno, tu Dios, te da, no endurecerás tu corazón ni cerrarás tu mano a tu hermano necesitado.

Abrirás generosamente tu mano y le prestarás lo que necesite para cubrir sus carencias. Cuídate de no albergar este pensamiento perverso: "Se acerca el séptimo año, el año de la remisión", y por ello mires con mezquindad a tu hermano necesitado y no le des nada. Él clamará al Eterno contra ti, y cargarás con culpa. Dale generosamente, y no lo hagas de mala gana, porque por ello el Eterno, tu Dios,

bendecirá toda tu obra y todo cuanto emprendas. Nunca dejará de haber pobres en la tierra. Por eso te ordeno: abre tu mano. (Deut. 15:7-11)

A primera vista, este pasaje trata sobre la cancelación de las deudas en el séptimo año (*shemitá*, el año de la "remisión"). Sin embargo, la Tradición Oral amplió su alcance a las leyes de la *tzedaká*, palabra que suele traducirse como "caridad", pero que también significa "justicia distributiva" o "equidad". Los sabios interpretaron la expresión "lo que necesite" como las necesidades básicas para vivir: alimento, vestido, vivienda y todo lo indispensable. La frase "lo que le falta" fue entendida como una referencia a alguien que anteriormente había sido rico y que ahora había caído en la pobreza. También a él debía ayudársele para que recuperara su dignidad:

Se cuenta acerca de Hilel el Anciano que, para cierto hombre pobre de familia distinguida, compró un caballo para que lo montara y un sirviente que corriera delante de él. En una ocasión, al no encontrar un sirviente que pudiera hacerlo, él mismo corrió delante de aquel hombre. (*Ketubot* 67b)

La fuerza de este relato radica en que el propio Hilel era célebre por su extrema pobreza y, sin embargo, empleó su dinero y su tiempo para ayudar a un hombre que había sido rico a recuperar su autoestima. Este doble aspecto aparece en toda la legislación sobre la *tzedaká*. Por un lado, las leyes responden a la realidad material de la pobreza. Nadie debe verse privado de las necesidades físicas básicas. Por otro, manifiestan una extraordinaria sensibilidad hacia la psicología de la pobreza. La pobreza degrada, avergüenza, humilla. Por ello, los sabios establecieron que la *tzedaká* debía darse de manera que esos sentimientos se redujeran al mínimo:

Cuando Rabí Ianai vio a cierto hombre entregar una moneda a un pobre delante de todos, dijo: “Habría sido mejor no darle nada que darle y avergonzarlo.” (*Jagigá* 5b)

En un pasaje célebre, Maimónides describe los ocho niveles de la caridad:

Hay ocho grados de caridad, cada uno superior al anterior.

El grado más elevado, que ninguno supera, es el de quien ayuda a una persona pobre mediante un regalo o un préstamo, o aceptándola como socio en un negocio, o ayudándola a encontrar un empleo; en una palabra, colocándola en una situación en la que pueda prescindir de la ayuda de los demás. Sobre esta forma de ayuda está escrito: “Lo sostendrás, sea extranjero o residente, para que viva contigo” (Lev. 25:35), es decir: fortalécelo de tal manera que no llegue a caer en la necesidad.

Un grado inferior es el de quien da *tzedaká* de manera que el donante no sabe a quién da y el receptor no sabe de quién recibe. Este es un acto realizado únicamente por amor al bien. Un ejemplo era la Cámara del Secreto en el Templo, donde los justos depositaban sus donaciones en secreto y las personas pobres de familias distinguidas podían acudir discretamente a tomar lo que necesitaban. Muy cercano a esto está depositar dinero en una caja de *tzedaká*...

Un nivel inferior es aquel en que el donante sabe a quién da, pero la persona necesitada no

sabe de quién recibe. Así actuaban los grandes sabios, que iban en secreto y dejaban dinero en las puertas de los pobres...

Un nivel inferior es aquel en que la persona necesitada sabe de quién recibe, pero el donante no sabe a quién da. Así, los grandes sabios ataban monedas en sus mantos y las arrojaban sobre sus hombros para que los pobres pudieran tomarlas sin sufrir vergüenza.

Un nivel inferior es dar antes de que la persona necesitada tenga que pedir.

Un nivel inferior es dar solamente después de que haya pedido.

Un nivel inferior es dar menos de lo que corresponde, pero hacerlo con amabilidad.

El nivel más bajo es dar de mala gana.

(*Matanot Aniim* 10:7-14)

Esta ética, extraordinariamente refinada, está impregnada de una profunda comprensión psicológica. Lo importante no es solamente *cuánto* se da, sino también *cómo* se da. El anonimato al ofrecer ayuda es esencial para preservar la dignidad. La persona pobre no debe sentirse avergonzada. La persona rica no

debe sentirse superior. Damos, no para enorgullecernos de nuestra generosidad, y mucho menos para destacar la dependencia de los demás, sino porque pertenecemos a un pacto de solidaridad humana y porque eso es lo que Dios quiere de nosotros: que honremos la confianza con la que, de manera temporal, nos ha confiado la riqueza.

Especialmente significativa es la insistencia de Maimónides en que ayudar a alguien a conseguir un empleo o proporcionarle los medios para iniciar un negocio constituye la forma más elevada de *tzedaká*. Lo que humilla de la pobreza es la dependencia: la sensación de vivir gracias a los demás. Una de las expresiones más claras de esta idea aparece en el *Birkat Hamazón*, cuando decimos: “Te suplicamos, Eterno, Dios nuestro, que no dependamos de las donaciones de los hombres ni de sus préstamos, sino únicamente de Tu mano generosa... para que nunca seamos avergonzados ni humillados.”

El acto supremo de *tzedaká* es aquel que permite a la persona llegar a ser autosuficiente. La forma más elevada de caridad es aquella que hace innecesaria la caridad. Desde la perspectiva de quien da, esta puede ser una de las maneras menos costosas de ayudar. Incluso puede no costarle dinero alguno. Pero desde la perspectiva de quien recibe, es la forma más digna, porque elimina la vergüenza de depender de otros. La ayuda humanitaria es indispensable a corto plazo, pero a largo plazo la creación de empleo y las políticas económicas que

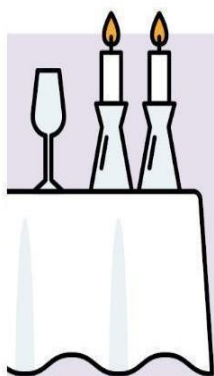
promueven el pleno empleo son aún más importantes.

Hay un detalle de la ley judía especialmente digno de atención: incluso una persona que depende de la *tzedaká* debe dar *tzedaká*. A primera vista, la norma parece absurda. ¿Por qué dar a X suficiente dinero para que pueda dárselo a Y? Sería más lógico y eficiente dar directamente a Y. Sin embargo, los sabios comprendieron que *dar es una parte esencial de la dignidad humana*. La insistencia rabínica en que la comunidad proporcione a los pobres lo suficiente para que ellos mismos puedan dar constituye una profunda intuición acerca de la condición humana.

El pueblo judío ha producido numerosos economistas de extraordinaria talla, desde David Ricardo –a quien Keynes llamó la mente más grande que jamás se dedicó a la economía– hasta John von Neumann, físico que en su tiempo libre inventó la teoría de juegos, pasando por Paul Samuelson, Milton Friedman y Alan

Greenspan. Han obtenido un asombroso 38 % de los Premios Nobel en esta disciplina. ¿A qué se debe? Quizá porque los judíos han sabido desde hace mucho tiempo que la economía es uno de los factores fundamentales que configuran una sociedad; que los sistemas económicos no están inscritos en la estructura del universo, sino que son construcciones humanas y, por lo tanto, pueden ser transformados por los seres humanos; y que, en consecuencia, la pobreza no es un hecho inevitable de la naturaleza, sino una realidad que puede aliviarse, reducirse y minimizarse. La economía no es una disciplina religiosa. Es un arte y una ciencia seculares. Sin embargo, en lo más profundo de la pasión judía por la economía late un imperativo religioso:

“Nunca dejará de haber pobres en la tierra. Por eso te ordeno: abre generosamente tu mano a tu hermano, al pobre y al necesitado que hay en tu tierra.” (Deut. 15:11)



PREGUNTAS PARA LA MESA DE SHABAT

1. ¿Cuál es la diferencia entre darle a alguien un regalo y darle una oportunidad?
2. ¿Qué opinas de la lista de los ocho niveles de la *tzedaká* de Maimónides? ¿Agregarías algún nivel o reordenarías la lista? ¿Por qué sí o por qué no?
3. ¿Por qué puede ser importante la manera en que se ofrece la ayuda, y no solo el hecho de ofrecerla?